

KARL RAHNER. Teología y experiencia espiritual

Con motivo del centenario del nacimiento de Karl Rahner, numerosas revistas teológicas de todo el mundo han publicado artículos sobre su figura y su obra. En este artículo se resumen con sencillez y sobre la base de textos del propio Rahner algunos de los rasgos que le caracterizaron.

Karl Rahner. Théologie et expérience spirituelle, Choisir 534 (2004) 9-12.

Durante los 80 años de su vida, Karl Rahner desarrolló un trabajo increíble y, se hizo cargo de un peso casi sobrehumano. Entre 1925 y 1984, la lista de sus publicaciones comprende más de 4.000 títulos. Hoy podemos enumerar casi 3000 libros y artículos referidos a la teología de Rahner. Las obras más conocidas son sin duda los “Escritos teológicos” y sobre todo el “Tratado fundamental de la fe”, que es una síntesis del pensamiento de Rahner.

Karl Rahner no se limitó a seguir sus propias pistas de reflexión. También cosechó grandes méritos en lo que concierne a la organización y a “la gestión” de la ciencia teológica, principalmente por su actividad como coeditor de obras colectivas de gran envergadura, como: el “Lexikon für Theologie und Kirche”, en 10 volúmenes (1957-1965) y “Sacramentum Mundi” en 4 volúmenes (1967-1969). En 1965 al término del Vaticano II, Rahner, lanzó con

dos colegas dominicos, también comprometidos en el proceso conciliar, Yves Congar y Edward Schillebeeckx- una revista teológica internacional, que apareció después en 7 lenguas enarblando el título programático de *Concilium*.

Dirigido a un público más amplio, el “Pequeño diccionario de teología católica”, ganó renombre internacional. Llamado afectuosamente “El pequeño léxico” por Rahner y por su discípulo y co-editor Herbert Vorgrimler, esta enciclopedia teológica, en formato de bolsillo, ha sido traducida a nueve idiomas y en la versión original alemana suma, con ediciones sucesivas, alrededor de 150.000 ejemplares.

Un gruñón encantador

Aunque Herbert Vorgrimler crea que Rahner no ha sido un “fanático del trabajo”, la productivi-

dad del gran teólogo es ante todo el fruto de una vida dedicada fielmente a sus obligaciones profesionales y de una disciplina en el trabajo. El infatigable profesor (“maestro de escuela”, como él mismo decía), estuvo varios decenios en Innsbruck, Munich y Münster, e introdujo a varias generaciones de estudiantes de teología en los arcanos y, mas aún, en los problemas, aún no resueltos, de la ciencia teológica.

Un día se le pidió un balance sobre su vida personal y Rahner respondió: “En realidad, no he sido yo el dueño de mi vida; he trabajado, he escrito, he enseñado, he procurado hacer mi deber y ganarme el pan, y en esta banalidad normal, he procurado servir a Dios, y esto es todo”. Esta manera tan prosaica de hablar de su vida y de la vida de los demás, es característica de Karl Rahner. Era un “gruñón encantador”, según su compañero Mario von Galli.

Afable y modesto, no tenía ni modales de estrella, ni la mínima arrogancia como profesor; siempre sabía dedicar tiempo a los que iban en su busca o que tenían necesidad de su consejo; pero, también podía mostrarse impaciente, estar enojado, cuando tenía la sensación de perder su tiempo con cosas superfluas.

El testigo contemporáneo más grande de la fe

“He hecho siempre teología al

servicio del Evangelio, de la predicación, de la pastoral”, dijo Rahner para caracterizar su compromiso como teólogo y creyente. En sus conferencias y sus numerosos artículos, siempre trató cuestiones que atormentaban a sus contemporáneos. Esto podría explicar el hecho de que Rahner siempre formulaba su teología en forma de artículos en revistas o en pequeños libros “piadosos” (como él mismo decía), mas que, bajo la forma de un “sistema” de una “dogmática católica” en varios volúmenes.

A lo largo de su trayecto teológico, Rahner intentó romper las cadenas de la teología neotomista —que conocía de memoria— en que la iglesia católica estuvo encerrada hasta la época del Vaticano II (1962-1965). Profundamente inspirado por la espiritualidad de los Ejercicios de San Ignacio de Loyola, Rahner quiso hacer accesible a los hombres de hoy la experiencia del misterio insondable de Dios, en un lenguaje moderno y en el trasfondo de una filosofía contemporánea. En este sentido se esforzó en “rendir cuentas” de la fe cristiana en nuestro tiempo, de manera intelectualmente honesta. Por este compromiso, el teólogo alemán Heinrich Fries, vio en Rahner, “el testigo contemporáneo mas importante de la fe”.

En un texto autobiográfico aparecido en 1966 a la edad de 62 años, Rahner escribió: “No soy un hombre de ciencia”. En el trabajo científico que hago, querría ser

hombre y cristiano, y, en cuanto de mí dependa, sacerdote de la iglesia.(...). En todo caso, la ciencia teológica como tal me ha dejado siempre indiferente. Querría poder esperar (...) que esta oscuridad y esta claridad indecibles que llamamos Dios, y en la que debemos dejarnos caer en la fe, la esperanza y la caridad, fuese hacia lo que tiende mi pensamiento (...) y es de lo que procuro hablar, aunque estas palabras (...) me parezcan insensatas, como aquella “paja” de la cual Sto. Tomás de Aquino habló al final de su vida”.

Joseph Doré insiste pues con razón, en el interés que Rahner “tuvo siempre por una espiritualidad, una piedad y una mística, que no consideraba nunca como aspectos laterales, sino como el campo mismo de una vida en la fe cristiana, la cual alimenta y juzga la seriedad de la operación teológica, su oportunidad real y sus verdaderos frutos”.

Un hombre de iglesia

Voces católicas tradicionalistas consideran ciertas enseñanzas de Rahner como “heréticas”. Contrariamente a estas afirmaciones, el cardenal Karl Lehmann, obispo de Mainz y presidente de la Conferencia Episcopal Alemana, subraya que el teólogo jesuita siempre ha tenido sus raíces en el terruño de iglesia. Si hace falta una prueba, he aquí lo que Rahner puso en boca de San Ignacio

de Loyola, en un testamento ficticio formulado en 1978: “Es evidente que la iglesia, para mí, es también, en esta historia, una iglesia concreta, socialmente constituida, una iglesia de las instituciones, de la palabra humana, de los sacramentos tangibles, de los obispos, del Papa de Roma, la iglesia jerárquica, católica y romana. Y cuando me señalan como hombre de Iglesia, lo que confieso como algo evidente, se piensa precisamente en la Iglesia en su aspecto institucional tangible y duro, la iglesia oficial y jerarquizada con toda su connotación, mas bien peyorativa, que conllevan hoy estos términos. Sí, era y quería ser un hombre de iglesia, y no me he encontrado nunca en un conflicto absoluto con la radical inmediatez de Dios, de mi conciencia y de mi experiencia mística.”

Esta unión con la Iglesia, Rahner la vivió concretamente dentro de su actividad como experto en la comisión teológica del Vaticano II. (1962-1965). Jugó un papel importante en la preparación de los dos documentos claves del concilio: la constitución “*Dei Verbum*”, sobre la revelación divina, y la constitución “*Lumen Gentium*”, sobre la iglesia como pueblo de Dios. Según el testimonio de Herbert Vorgrimler, Rahner, “se comprometió con el concilio hasta el agotamiento”.

Hay que añadir que el concilio fue también un forum inmejorable para Rahner, en el que fue varias veces invitado por diversas

conferencias episcopales y donde se inició su proyección mundial de los años 60 y 70.

Hay también que precisar que este espíritu eclesial no excluía para nada la crítica. Así que Rahner consideró el concilio sólo como “el principio de un principio”. Tampoco dudó en calificar el clima general de la Iglesia, después del final del impulso conciliar, “como un periodo de hibernación”. Pero esta crítica nacía siempre en Rahner, de un corazón amante y solidario con la Iglesia, de un corazón que podía sin embargo, sentirse profundamente herido, por las medidas de la autoridad eclesiástica, como las que golpearon a la Compañía de Jesús al final del mandato de Pedro Arrupe como superior general (en 1981).

En esta situación, Rahner, insistió en la posibilidad legítima de un disenso entre la autoridad doctrinal y la investigación teológica. También se hizo abogado de sus colegas teólogos cuya ortodoxia le parecía injustamente puesta en duda. Y así, Rahner, dictó en su lecho de muerte, una carta dirigida al arzobispo de Lima para defender al “padre” de la teología de la liberación, el peruano Gustavo Gutiérrez.

La experiencia de la gracia

En la teología de Karl Rahner, hay un punto central: “la ex-

periencia de la gracia”, como la llamó en un pequeño artículo publicado en 1956, donde formula entre otras las preguntas siguientes: “¿Hemos guardado silencio aunque queríamos defendernos y aunque éramos tratados injustamente? ¿Hemos ya perdonado aunque no teníamos ninguna recompensa y se recibía el perdón silencioso como lo más natural?” Y después de haber enumerado otros ejemplos de “estas experiencias de la gracia”, anónimas, prosigue: “Y entonces, cuando hacemos esta experiencia del espíritu, ya hemos hecho *de facto* la experiencia de lo sobrenatural (al menos nosotros como cristianos que vivimos en la fe) (...) En cuanto no nos pertenecemos a nosotros mismos (...) entonces, empezamos a vivir en el mundo del Dios mismo, del Dios de la gracia y de la vida eterna”.

Rahner estaba convencido de que esta experiencia de la gracia, es un don accesible a todo hombre -no solamente a los que hacen profesión del cristianismo, o a los que pertenecen a la iglesia católica-romana. Y por esto formuló el concepto, a menudo mal comprendido, de los llamados “cristianos anónimos”: no para “recuperar” solapadamente a los cristianos de otras confesiones, a los adeptos a otras religiones, a los agnósticos ni tampoco a los no creyentes, y, nunca para vender la fe a buen precio. Rahner quiso expresar su convicción de que “Dios puede

y quiere conducir a la salvación a todos los hombres, mediante su gracia oculta en Jesucristo, y por caminos que sólo Dios conoce”, y de que la gracia, como auto-

comunicación de Dios, se extiende más allá de los límites de la Iglesia concreta, organizada en cuerpo social.

Tradujo y condensó: DOLORS SARRÓ
